

Contra lo que tenían de costumbre los cazadores, aquella noche había muchos de ellos reunidos en la taberna del *Toro Negro*; bebían, y fumaban, y conversaban con tanto descanso, como si no hubiera una sola vaca en toda la isla Española.

El judío Isaac estaba por supuesto contentísimo; aquella era para él una gran cosecha; pero era quizá en la aldea de los muy pocos que no se admiraban de aquella inusitada-reunion de cazadores.

En uno de aquellos grupos se veía á Brazo-de-acero que hablaba, aunque un poco apartado de los demás, con su amigo Ricardo: la conversacion estaba muy animada.

—Veo que aun tienes ideas inexactas de la vida que nos ofrece Juan Morgan—decía el inglés;—¿temes los peligros ó las penalidades?

—Ni una ni otra cosa—contestó Brazo-de-acero.

—¿Entonces qué puede detenerte para tomar parte con nosotros en la expedicion? ¿te hace daño el mar?

—No es eso; pero tengo obstáculos insuperables para abandonar la isla.

—Dímelos.

—Imposible.

—Vamos, ¿me permites que adivine?

—Sí.

—Pero á condicion de que si es cierto me lo digas.

—Convenido.

—Oyeme: tú no quieres abandonar la isla porque estás enamorado.

—¡Ricardo!

—Lo convenido, esta es la verdad, y además, estás enamorado de Julia, de la bella francesita, de la duquesita de Pisaflores.

VI.

El enganche.

PEDRO Juan de Borica el desollador, salió tan alegre de la casa de la viuda Lafont, que hubiera podido conocerse de muy lejos su satisfaccion.

Para él era ya negocio arreglado, y el plazo que le había pedido la Sra. Magdalena, no tenía mas objeto que salvar las apariencias.

Aquella tarde les refirió el proyecto de su boda á cuantos conocidos encontró, y calculando que á todos les había de parecer tan buen negocio como á él, se gloriaba de su conquista.

Por supuesto que no era así, y todos reían de aquel matrimonio celebrado entre un hombre feo, tonto y cobarde, con una mujer viuda y vieja. Por supuesto que toda aquella tarde y la noche, el enlace de Juan con la señora Magdalena fué el platillo de conversacion en la aldea.

—¡Qué demonio! es verdad— dijo el joven.

—Pero tú lo negabas: ahora comprendo por qué te impresionó tanto lo que te dije ayer acerca del oculto rival.

—En efecto, y ahora quiero que me lo expliques.....

—Afortunadamente, tengo en eso buenas noticias que darte, y que tal vez influirán en tus determinaciones.

—Habla.

—Pues bien; ¿conoces tú á Pedro Juan de Borica?

—Sí; Pedro el desollador, Juan el *Oso-ríco*, el español; ese hombre que estuvo á punto de nacer mico ó toro.

—El mismo: pues hace algunos días supe que rondaba con empeño la casa de tu Julia.

—¡Rayo de Dios!—exclamó Brazo-de-acero levantándose como un tigre.

—Calma, calma, mi buen señor—continuó tranquilamente el inglés;—tú no debias llamarte Brazo-de-acero, sino Corazon de Pólvora: siéntate, y oye la historia.

—Pero ese hombre es un miserable, que se atreve á poner sus ojos donde los pongo yo.

—Me causarias lástima si eso fuera cierto.

—¡Cómo!.....

—Escúchame y lo verás.

Brazo-de-acero, en cuyo corazon pasaban como ráfagas de viento estos accesos de ira, volvió á sentarse.

—Pues el Oso-ríco hacia de centinela en la casa de Julia—continuó el inglés: Brazo-de-acero se agitó en su asiento con impaciencia:—y como allí la joven, y la bella, y la codiciada es tu Julia, todo el mundo pensó: «Julia es el objeto de esos amores,» y yo tambien lo pensé; pero he aquí que se descorre el velo, y cae como rayo la noticia de que Pedro el desollador, Juan el Oso-ríco, se casa con la honorable señora Magdalena, viuda de Lafont.

—¿Es verdad?—exclamó asombrado el mexicano;—no, será una calumnia, una burla.

—Todo el mundo lo sabe, menos tú que debieras ser el primero en tener la noticia.

—Pero es imposible; Julia me lo hubiera dicho.

—Quizá tampoco ella lo sabia: ¿cuándo le hablaste?

—Anoche.

—La noticia es de hoy.

—Estoy espantado.

—Y hay además otra cosa que te puede interesar.

—Dime.

—La boda debe celebrarse muy pronto, y la feliz pareja, llevándose por supuesto á Julia, se retira de la isla para ir á radicarse á México ó á Guatemala.

—Eso no puede ser; Julia no podia habérmelo ocultado.

—Te aseguro que es la verdad; y ausente Julia, ¿para qué quieres permanecer aquí? ¿no te valdrá mas ajustarte con Juan Morgan?

—En efecto—contestó preocupado Brazo-de-acero;—pero yo debo cerciorarme.....

—Bien pensado, bien pensado; procura averiguar bien la verdad, y si las cosas pasan tal como tú me dices, ¡qué demonios! vente con nosotros.

—Sí, sí; voy en busca de Julia para que ella me diga.

—Vé y háblala; pero no pierdas tiempo, ni olvides que esta noche ha citado Morgan á los que quieran formar parte de la expedicion, para hacer un arreglo, y que Morgan parte mañana antes de amanecer.

—Voy y vuelvo; ¿pero si no te encuentro aquí?

—Isaac te dará el camino por donde debes encontrarnos.

—Adios.

Y el mexicano, componiéndose el sombrero, salió de la taberna.

—Sería una lástima—dijo Ricardo—que ese Brazo-de-acero no fuera de los nuestros; es inteligente y valeroso.

—¿Y qué, se resiste?—preguntó uno de los cazadores.

—Creo que ya no: tenía algunas dificultades; pero ya están vencidas, y juzgo que será de la partida.

—Es una alhaja—dijo un cazador tomándose un vaso de aguardiente; y todos siguieron bebiendo y fumando sin hablar mas del asunto.

La noche estaba oscura, y el joven cazador salió de la taberna y se dirigió á la casa de Julia, sin encontrar á ninguna persona en su camino.

Aun estaba despierta la familia de la señora Magdalena, porque las ventanas estaban abiertas y había luz por dentro.

Antonio dió una vuelta al rededor de las tapias del jardín, y llegó á un lugar en el que la tapia era menos elevada, y había una gran piedra colocada allí, sin duda á propósito.

El joven se paró sobre la piedra y dominó perfectamente el jardín: enfrente tenía una ventana de la casa; por allí también salía luz.

Brazo-de-acero, silbó de una manera particular, imitando el canto de un tordo, y casi en el momento la silueta de Julia se destacó en el cuadro luminoso de la ventana.

El cazador la conoció y volvió á silbar. Julia se retiró por un momento de la ventana y volvió luego con una luz,

que sopló y apagó allí mismo, quedando oscura la pieza.

Esto en el lenguaje convencional de aquellos enamorados, queria decir:

—Mi madre aun no duerme; espera, yo iré á verte.

El cazador se retiró de la tapia, y fué á sentarse cerca del lugar por donde hemos visto salir la noche anterior á Julia.

Pasó allí mucho tiempo, pero sin dar muestras de impaciencia, sin moverse siquiera.

Tenía la convicción de que Julia no podía salir, y por esto se resignaba.

Por fin sonó la yerba, y Antonio escuchó que le llamaban.

—Chist, chist! Antonio.

—Julia mia—contestó el cazador llegando.

—Un momento hablaremos, porque mi madre está esta noche muy inquieta, y tengo mil cosas que decirte.

—¿Qué hay?—dijo Brazo-de-acero, disimulando que algo sabía.

—¿Qué hay? cosas muy graves; esta tarde me ha dicho mi madre que está resuelta á casarse.

—¿Julia! ¿y con quién?

—Con un hombre muy repugnante, con Pedro Juan de Borica.

—¿Pero está loca la señora Magdalena?

—No es eso lo peor, Antonio, sino que quieren que nos vayamos de la isla, y esto me mataría.—Y Julia se puso á llorar.

—Julia mia, no llores—decía el cazador;—tú eres muy buena, y no es posible que Dios te abandone así.

—Sin verte. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué desgracia!

—Pero Julia, ¿por qué ha sido esto?

—No lo sé, no lo sé, ni sé tampoco cómo no me puse á llorar cuando me lo anunció mi madre.

—¡Oh, Julia! esta separacion es imposible; no te irás.....

—¿Y quién será capaz de impedirlo?—dijo una voz detrás de Julia.

Julia lanzó un grito de espanto, porque habia conocido la voz de la señora Magdalena.

—Antonio—dijo gravemente la señora Lafont—habeis hecho mal en alimentar esa pasion que yo no consentia, porque no sereis el marido de Julia nunca.

—¿Por qué, señora?—preguntó Antonio, tranquilizándose al ver la calma de la señora Magdalena.

—Porque las madres queremos lo mejor para nuestras hijas, y yo no sé ni quién sois, ni cuál es vuestra familia, ni cuáles vuestros antecedentes: os he querido como á un amigo; pero de eso á fiaros el porvenir de mi hija, hay una distancia inmensa: la vida que llevais no es tampoco para tranquilizarme. ¿Entendeis lo que esto quiere decir?

—Sí, señora—contestó el cazador.

—Julia, retírate á tu aposento—continuó con severidad la señora Magdalena.

Julia vaciló un momento, miró á su madre con aire suplicante; pero al contemplar aquella fisonomía adusta, inclinó la cabeza y se retiró llorando.

—Señora—exclamó Brazo-de-acero conteniendo apenas sus salvajes impulsos—señora!

—¿Me amenazais? haceis bien: á una mujer débil y desvalida, á una madre que con sus santos derechos os reclama la tranquilidad de su hija, bien podeis amenazarla, herirla; es una accion heróica de valor, digna de un cazador que lleva por nombre de guerra Brazo-de-acero.

—Señora!—volvió á decir el jóven, no sabiendo ni qué contestar.

—Os han tratado como á hijo en una casa, y seducís á la hija de aquella familia, y en recompensa de un cariño noble y desinteresado, quereis sembrar la desolacion y la tristeza.

—Señora, cuando amo á Julia, es para hacerla mi mujer.

—¿Y qué nombre daríais á esa pobre muchacha, cuando no os llaman mas que Antonio Brazo-de-acero?

—Señora, soy tan noble y tan rico como un príncipe.

—Decidme entonces vuestro nombre, y explicadme por qué andais aquí siguiendo esa vida errante y salvaje de los cazadores.

—Mas adelante sabreis todo eso.

—En tal caso, mas adelante podeis aspirar á la mano de la hija de Gustavo Lafont; entretanto, si es cierto que en algo apreciáis la tranquilidad de Julia, retiraos.

—Pero, por Dios.....

—Lo he dicho—contestó la señora Magdalena, y se retiró sin decir una palabra mas.

El cazador quedó un largo rato pensativo; despues, como tomando una resolucion, sacudió su rizada cabellera y exclamó:

—Está bien; mas adelante.—Y se preparaba á partir, cuando de entre el follaje que cubria el muro, volvió á salir Julia.

—Antonio—dijo la jóven llorando—¿no hay esperanza?

—Sí, Julia; tú serás mia.

—Nunca contra la voluntad de mi madre.

—Contaremos con ella.

—¿Cuándo?

—Muy pronto, si cuento con que no me olvidés.

—Eso, jamás, jamás.

—Entonces ten fe, que seremos felices.

—Adios—dijo Julia;—bésame por la última vez.

—Adios—contestó el cazador, poniendo sus labios en la frente de la doncella.

—Adios—repitió Julia besando la mano de Brazo-de-acero y precipitándose al interior del jardín.

—Mia y muy pronto—exclamó el cazador, y tomó el camino de la taberna del *Toro Negro*.

Quando llegó allí, la taberna estaba desierta, y un candil moribundo ardía apenas, suspendido del techo por una corta cadena de hierro, sucia y oxidada.

—Isaac, maese Isaac!—gritó el cazador.

Rechinó una puerta y el judío apareció en el despacho.

—¡Ah! ¿sois vos?—dijo;—ya iba á cerrar, cansado de esperaros.

—¿Adónde están esperándome?

—Mirad—dijo el judío saliendo á su puerta;—¿veis ese grupo de árboles que tenemos enfrente, aquí muy cerca?.....

—Sí.

—Pues á la derecha encontrareis una senda; seguid, seguid, hasta llegar á una casa arruinada; allí encontrareis lo que buscáis.....

—Está bien—contestó el cazador—y siguió el rumbo que le habia indicado el judío.

A pocos pasos de la casa estaba, en efecto, el grupo de árboles, y á la derecha un sendero que guiaba entre la yerba.

La luna alumbraba lo bastante para no perder el camino,

y además, el cazador conocia palmo á palmo todo aquel terreno.

Siguió atravesando una pequeña sabana y volvió á encontrarse en un bosque; pero el sendero estaba siempre abierto: caminó aún un gran trecho, y de repente vió alzarse delante de sí las sombrías paredes de una casa.

—Aquí es—dijo—buscaremos la entrada.

Comenzó á dar vuelta al rededor de las tapias, cuando oyó que le llamaron por su nombre.

La voz del inglés le era demasiado familiar y la reconoció al momento.

—Antonio, ¿qué hay por fin?—le preguntó el inglés con impaciencia.

—Soy de los vuestros.

—Venga esa mano; eres todo un hombre. Ahora, vamos á ver á Morgan, que te espera con impaciencia.

—¿Me conoce acaso?

—Todos le han hablado de tí.

—Vamos.

Atravesaron primero por un gran patio cubierto de yerba y de arbustos; luego por varias habitaciones, cuyos techos habian caído y estaban solo iluminadas por la luna, y llegaron por último á una puerta por la cual salía la luz de una hoguera.

—¿Aquí? dijo Brazo-de-acero.

—Mas adelante.

Entraron á una gran estancia iluminada por una gran hoguera que ardía en el centro, y al rededor de la cual habia varios hombres asando grandes trozos de carne.

Ninguno de aquellos hombres fijó su atención en los que entraban.

El inglés y Brazo-de-acero llegaron á otra puerta que

estaba en el fondo de aquella estancia, y allí escucharon el rumor de muchas voces

—Aquí—dijo el inglés.

Empujó la puerta, entró, y el mexicano que le seguía se encontró en medio de una reunion numerosa y extraña.

En una estancia mas reducida que la anterior, enteramente desamueblada, estaban reunidos un gran número de cazadores, marinos, plantadores y desolladores.

Unos sentados sobre piedras, otros sobre sus capas, en el suelo, otros sobre troncos de árboles: tenian en el centro á Juan Morgan, que mas bien estaba reclinado que sentado al pié de una de las columnas de madera que sostenian el rústico techo.

Aquella escena estaba alumbrada por una gran cantidad de torcidas que habian sido colocadas en el suelo unas, y otras contra las paredes.

La frente despejada y el ardiente brillo de los ojos, hubieran denunciado á Morgan como el jefe de aquella reunion, si no lo hubiera dado á conocer el respeto y casi la admiracion con que los demás le contemplaban.

Al entrar Brazo-de-acero, Morgan le saludó con una finura y una distincion tal en sus modales, que á primera vista manifestaban que aquel hombre tenia una educacion superior á cuantos le rodeaban.

Brazo-de-acero tomó asiento; Morgan hablaba, y todos le escuchaban en el mas profundo silencio.

—Tengo—decia el terrible pirata—grandes proyectos, que con auxilio de vuestro valor, espero llevar muy pronto á cabo. Mansvelt, nuestro antiguo almirante, ya sabeis que ha dejado de existir; el gobernador de Tierra-firme, Don Juan Perez de Guzman, ha conseguido sobre nosotros un triunfo en la isla de Santa Catalina; pero yo os prometo

que repararé todos estos desastres; nuestras serán todas esas islas que están ahora en poder de los españoles, nuestras serán sus ciudades y sus aldeas de las costas; dueños y señores seremos del mar de las Antillas, y dueños y señores de todos esos mares que bañan las costas de las Indias; yo os respondo: oro, mujeres, todo lo tendreis, y lo tendreis en abundancia; pero necesito que me sigais, que me ayudeis, contar con vosotros como cuento con mi brazo y con mi corazon, mandar en vosotros como mando en mi brazo y en mi espada, gobernaros y dirigiros como gobierno y dirijo mi navío: ¿estais conformes?

—¡Viva el almirante! gritaron todos entusiasmados. Por un largo rato Morgan no pudo dominar el confuso vocerío que se escuchaba en la estancia.

Por fin se calmó, y Morgan continuó diciendo:

—Como sabeis, es costumbre entre nosotros firmar una escritura con nuestro convenio; cada uno de vosotros tendrá que llevar las libras de pólvora y balas que juzgue necesarias; habránse de separar, ante todo, los sueldos del carpintero del navío y del cirujano: en cuanto á los navíos, nada tendreis ahora que pagar, porque tengo lista ya una escuadra respetable. El que pierda el brazo derecho en el combate, tendrá una recompensa de seiscientos pesos ó seis esclavos; si es el izquierdo, quinientos pesos ó cinco esclavos: por la pierna derecha, igual precio; por la izquierda, cuatrocientos pesos ó cuatro esclavos: por un ojo, cien pesos ó un esclavo; cuyas recompensas saldrán ante todo de las ganancias de la expedicion: del resto, el capitán cinco porciones, y lo demás se dividirá con igualdad entre todos: estas son las bases del contrato; las escrituras están hechas: ¡á firmar!

Uno de los hombres que acompañaban á Morgan, sa-

có unos grandes pergaminos y un tintero con algunas plumas.

—Vos el primero, dijo Morgan á Antonio.

Brazo-de-acero tomó una pluma y firmó: el pirata se inclinó para ver lo que escribía, pero Antonio puso nada mas: *Antonio Brazo-de-acero.*

Todos aquellos hombres fueron unos en pos de otros poniendo sus firmas, ó una cruz los que no sabían escribir, y otro ponía el nombre por ellos.

Terminó aquella operacion y Morgan volvió á hablar:

—Estais ya solemnemente comprometidos, y ya sabeis cómo se cumplen entre nosotros los compromisos; dentro de quince dias un navío se avistará por el lado occidental de la isla, por el cabo del Tiburon, y ese navío os recibirá á bordo á todos: la contraseña será un gallardete amarillo izado en el trinquete, y estas palabras que dirán ó contestarán los de los botes que vengan á tierra:—Morgan, Santa Catalina—porque antes de un mes la isla de Santa Catalina será nuestra, y doce de nuestros mejores navíos se encontrarán en las aguas del Sur de la isla de Cuba, delante de los puertos de Santiago, Bayamo, Santa María, Trinidad, Sagua y cabo de Corrientes: allí á presencia de los españoles, delante de la mas rica de sus islas, celebraremos consejo para determinar cuál debe ser la primera posicion atacada y tomada por nosotros: ¿lo entendeis?

—Sí, contestaron todos.

—Pues yo, Juan Morgan, que nunca he prometido nada en balde, os prometo haceros ricos y poderosos.

—¡Viva el almirante!

—Ahora retiraos, y mucho secreto.

Todos los que allí estaban comenzaron á salir humildemente; aquel hombre ejercia sobre todos un ascendiente ex-

traordinario, y una indicacion suya era una órden que nadie se atrevia á contradecir.

Brazo-de-acero salia tambien; pero Morgan le hizo una señal para que se detuviese.

Todos se retiraron, y el pirata y el cazador quedaron solos en la estancia.

Morgan se sentó é hizo una señal al cazador para que hiciera lo mismo.

Antonio obedeció y los dos quedaron un momento en silencio.